

Tierras de chanchos duros



Una zona poblada de buenos jabalíes, que exigen al máximo al cazador . Y un coto con todo para pasarla bien, hasta el concepto indiscutible y sutil de los pequeños detalles.

POR EDUARDO GIMENEZ

Es de tarde. Las palomas revolotean en su rito amoroso, los loros vuelan a baja altura. Los animales contemplan con más fascinación que miedo el pequeño charco. Ese paisaje tan elemental, antiguo y repetido sirve para anunciar la presencia del jabalí.

Estábamos en Santa Isabel, zona famosa por sus padrillos. Al decir de Daniel Rodríguez Palacios, es un lugar "para duros o para locos", y se inclina más por estos últimos! Al hablar de esta zona, a pesar de que han pasado algunos años, no se puede borrar de mi memoria la colección de colmillos infantantes que tiene Ovidio, gran cazador de La Pampa, detrás de su taller de tapicería desplegados sobre una pared, sólo para compartir con los amigos.

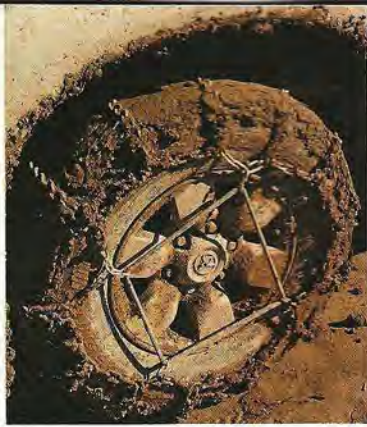
Tampoco se me olvidan los relatos sobre las duras condiciones de estas cacerías, cuando no se cuenta con una buena infraestructura. No existe camioneta que aguante las picadas que conducen al Salado. Hay que cargar con todo caminando, incluido el apostadero portátil, hasta los pozones. Y no todas las épocas del año son propicias. Cerca del Atuel es imposible: cuando los mendocinos abren la canilla se inunda todo. Y para colmo, fachinal bajo, sin poder treparse a un caldén, hay que descubrir una pasada y allí apostarse. Demás está decir que es imprescindible

ga a un lugar desconocido, creer todos los cuentos nos lleva a suponer que en cada tajamar, en cada aguada y en cada charco baja un enorme padrillo. Lo cierto es que desde el principio esto se presentaba como algo diferente.

En esta oportunidad me acompañaba mi amigo Beto Toscano (de la vieja barra del Skeet, fanático de la perdiz y lunático con su pointer). Al llegar nos recibieron los responsables de "El Pampa Hunting Ranch", Daniel y Martín Rodríguez Palacios (padre e hijo, en ese orden). Ya nos habíamos cruzado en alguna oportunidad, creo que en Pichucó. Esta vez ellos eran nuestros anfitriones.

A mi entender, una de las grandes ventajas que tiene este emprendimiento cinegético es que cuando hablamos tanto de Daniel como de Martín, ambos son verdaderos cazadores y amantes de la naturaleza. Pero el "valor agregado" que poseen es que además recorrieron cazando durante muchos años cotos de nuestro país y del exterior, lo que hace que conozcan a la perfección, por experiencia propia, los detalles que apetecen al cazador.

La otra gran ventaja es la ubicación. "El Pampa Hunting Ranch" está lejos de Santa Rosa, con lo cual se les hace difícil y oneroso a nuestros amigos que viven en la capital pampeana. Ya no se trata de salir del laburo, comprar la carne, tirar todo arriba de la chata, nos comemos un bife y de paso nos cargamos algún chanco. En estos parajes no. Acá hay que venir preparado. Por eso, sí por eso, es que hay buenos trofeos. No resulta sencillo encontrar un lugar de estas características, máxime con los problemas logísticos que se presentan a diario debido a las largas distancias. Dormitorios en suite, cama limpia, calentita y confortable, un amplio estar con Directv, baño impecable (sin problemas de desagües) y cocina de primera, donde se cuidan hasta los más mínimos detalles. Vaya como ejemplo el ventanal del living, cuyo vano



fue construido con un ondulado tronco de caldén. ¿Se imaginan lo que fue fabricar un marco de ventana con la silueta del tronco, cortar el vidrio y contravidrios con esa forma y luego trasladarlo hasta el casco de la estancia?

Todo esto, como dirían mis antepasados, donde el diablo perdió el poncho. Ya sé, algunos pensarán que esto no es necesario para cazar, pero no me pueden negar que bien comido y bien dormido se hacen mucho más soportables las interminables esperas. Y en este tipo de cacerías, cuanto más horas y noches apostados pasemos, mayores posibilidades tendremos.

Como muy bien lo definió Daniel, este emprendimiento se hizo con la idea de tener un muy buen lugar para compartir con amigos y pasarla bien. Pero creer que porque vayamos a un coto de caza con una muy buena infraestructura es fácil cazar un buen padrillo, es incurrir en un grave error. Este no es un lugar para novatos, impacientes y atropellados. Se ven pocas piaras con cachorrones, presa fácil al fusil del cazador.

De todos los animales de nuestra fauna, el jabalí es quizás el más inteligente. Resulta interesante por su código de conducta, donde no están excluidas las rarezas de carácter, y siempre está latente la posibilidad de una sorpresa. He visto rastros de jabalí más de un millar de veces. Nunca pierden interés. Jamás se sabe exactamente qué

es lo que nos encontraremos al final.

Pocas cosas resultan tan excitantes para el cazador como ver desplazarse esa solitaria mancha negra a la cruda luz de la luna. Con el avance de la civilización, el asfalto y los celulares, se hace cada vez más difícil vivir esta situación.

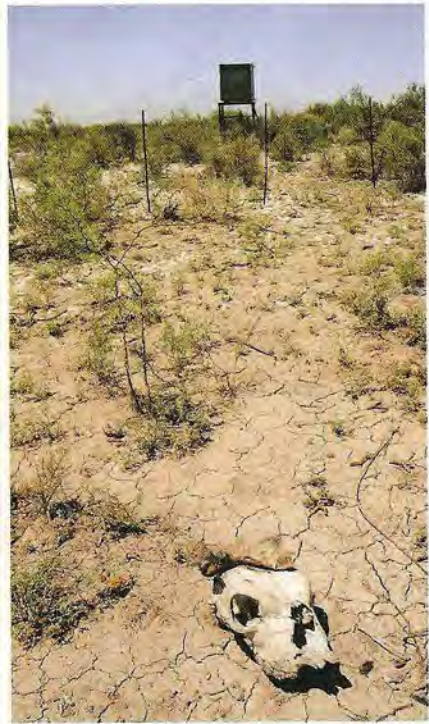
La cacería del jabalí, especialmente en una zona como Santa Isabel, tan calurosa y ventosa de día y gélida por las no-

están demasiado cerca. Para mí la distancia ideal son unos 70 pasos: se disimulan mejor los ruidos y las torpezas, y con una buena mira es perfecto. En este caso están a 40 pasos, y debo reconocer que tener la posibilidad de ver, sin ser visto, un buen padrillo a esta distancia produce una sensación inigualable. Hasta una mira de seis aumentos resulta larga.

En la apostada me acompañaba Enzo, uno

faltaba observar y ser pacientes.

Faltaban tres días para la luna llena y había unas pocas nubes. Como rezaba el papel que acompañaba los antiguos rollos de fotografía Kodak, la mejor de todas las situaciones: "nublado claro". Las otras tres eran "nublado oscuro", "sol brillante" y "playa o nieve". Las leí hasta el cansancio cuando aún no existían las cámaras réflex con fotómetro incorporado y menos aún las



estar más que atento. De lo contrario, la espera será en vano.

No era la primera vez que me encontraba por la zona de Challeo pero, a decir verdad, en una sola ocasión había tenido éxito. En las otras había salido despavorido, yo y mis acompañantes, algunos de los cuales no podían entender lo difícil de esta empresa. No vamos a hacer nombres, pero conozco señores cazadores a quienes no les quedaron ganas ni de sacarse una foto con el gran trofeo. Pero esa es otra historia. Esta vez era diferente. Me habían invitado a un nuevo coto, tan nuevo como que lo inauguramos. Naturalmente, cuando se lle-



ches, ofrece sus propios atractivos, rayanos en lo místico.

Los apostaderos están muy bien emplazados, con la bebida cerca del monte, lo que hace que el padrillo se sienta seguro amparado por las sombras de la noche. ¡Es difícil encontrar un buen trofeo en noches de luna llena, sin nubes y en medio de un playón despoblado de todo tipo de vegetación! No me gustan los apostaderos que

de los guías, buen compañero y mejor rastreador. Otro guía se apostaría con el Tano Lorenzón, un amigo del Tiro Federal Argentino de Buenos Aires.

Al llegar me agaché, recogí un puñado de tierra y observé la dirección del viento: era ideal. De pronto me sentí liberado del cansancio del viaje y enteramente despierto: la suerte parecía favorecerme. Ya estábamos acomodados, ahora sólo

digitales de hoy en día. En esa época del 7,65 y la Nedinsco, si tenías un buen trofeo el consejo era: sacale con varias cámaras, por las dudas.

Esperando, confiaba en que los mosquitos no fueran demasiado despiadados. Los que cazan cerca del Salado saben de lo que estoy hablando.

En pocas palabras, el plan de ataque era: todo lo que entra solo es tirable, indepen-

dientemente del tamaño (no es raro encontrar un colmilludo menudo de cuerpo). La mirada recorría de continuo la maleza y escudriñaba esos rincones de sombra que asemejan el bulto negro en movimiento. En ese momento el silencio era electrificante. De repente levanto los prismáticos y allí estaba el padrillo, a la derecha del apostadero. Los rastros de la noche anterior indicaban que iba a entrar por el flanco izquierdo. Enzo, que estaba con sus cinco sentidos apostando por ese lado, no lo advirtió. Lo toco sin bajar los prismáticos. Ahora era cuestión de dominar bien la excitación, lo que no resultaba poca hazaña.

Siempre es emocionante ver aparecer ese bulto, negro y solitario. Estaba inmóvil escuchando, olfateando y mirando a su alrededor. Siempre vigilante, buscando distinguir un posible enemigo, un movimiento,



posible para que la excitación no arruinara la puntería. Por momentos, a través de la mira, no podía distinguir en qué dirección estaba el animal, si de frente o de espalda. Luego de un buen rato ya no me encontraba tan tranquilo y no controlaba la excitación. Ni bien se movió y alcancé a ver la paleta, le solté el disparo ¡Tronó el .270! Estaba sesgado. El fogonazo me encegució momentáneamente. Cuando intento ver para descubrir el bulto inmóvil, pasó un chanco grande al trote por abajo del apostadero y desapareció. De haber recargado se podría haber hecho otro disparo. Pero siempre prefiero, después de tirar, quedarme en silencio y escuchar para dónde sale disparando. Si va rompiendo monte indica que está bien pegado. Si no hace ruido y dispara por donde entró, obviamente no está bien pegado.

Me sentí desconcertado. De la rabia me salía espuma por la boca, al grado de cometer un gran error. "¡Esto no puede ser, Enzo!", dije. "Vamos, que tiene que estar pegado", agregué. Momento fatal: no esperamos los convenientes 15 minutos. Algunos aseguran que con fumar un cigarrillo, el tiempo basta y sobra para que el animal cargado de adrenalina no se sienta perseguido y se eche.

Llegamos al charco y nuevamente ¡oh sorpresa!: no se veía ni una gota de sangre. Mi compañero trataba de consolarme diciéndome que había hecho todo bien: lo único que había fallado era el disparo. Los rastros estaban claros, así que comenzamos a seguirlos. Entraban en el monte, y los seguimos como unos

100 metros. Cuando se puso espeso, el guía me recomendó que continuáramos la búsqueda a la mañana siguiente.

Al llegar a la casa, Daniel me ofreció un whisky y me dijo: "Quedate tranquilo, que le pegaste bien". Y reflexionando agregé: "Acá los chanchos son duros, si arrancó para el apostadero estaba desorientado". Para colmo de males, al rato se largó una lluvia torrencial. ¡Así sería imposible seguir el rastro! En mi cabeza todavía estaba el papel de Kodak y habría que agregar otra situación: ¡Tsunami!

Esos son el tipo de cochinos, como los llama Wagner, que con el correr de las horas van creciendo.

Las primeras luces me encontraron apurando un café. Enzo y Manuel, ya con la sogá cruzada en bandolera para arrastrar el chanco, se me habían adelantado. Martín, impaciente por salir. Estaba todo imposible de barro. No alcancé a ponerle manteca a la segunda tostada que ya estaban modulando que lo habían encontrado. ¡Nuestros rastros indicaban que nos faltaron cinco metros para llegar!

Cuando regresaron nos quedamos contemplando al animal que nos había mantenido en vilo por tanto tiempo. La intriga se había resuelto, el tiro había sido perfecto (¡qué alivio!), en el medio de la paleta.

REFLEXION FINAL

Una experiencia cinagética puede enriquecernos de diversas maneras: si bien es cierto que la obtención de un buen trofeo nos llena de alegría y exalta nuestro orgullo, también puede mostrarnos que sólo el



tesón, la voluntad, la eficiencia y el amor con que encaremos todos nuestros actos nos llevarán a buen puerto.

En el caso de "El Pampa Hunting Ranch", todas estas cualidades están a la vista: desde la entrañable relación de padre e hijo, hasta el concepto indiscutible y sutil de los pequeños detalles. Una experiencia enriquecedora. **VS.**

DATOS UTILES

"El Pampa Hunting Ranch" está situado en el departamento de Chalileo, a 300 kilómetros de Santa Rosa y a 900 kilómetros de la Ciudad de Buenos Aires. Es posible cazar jabalí, chivos y carneros. Teléfono (011) 4786-1959 y celular 15 5334-0050. E-mail: mrpalacios@fibertel.com.ar

SANTA ISABEL

Se encuentra ubicada en el noroeste de la provincia de La Pampa, en el departamento de Chalileo. Atravesada de este a oeste por la ruta provincial N° 10 y la ruta nacional N° 143 que la comunican con Santa Rosa a 309 kilómetros y con General Alvear (Mendoza) a 165 kilómetros de distancia. La intersección de la ruta nacional N° 151 con la ruta nacional N° 143 la conectan con Colonia 25 de Mayo, distante 193 kilómetros, y las provincias de Río Negro y Neuquén. La producción por excelencia de la zona es la cría de caprinos, la que amerita la realización de la "Fiesta Provincial del Chivito", con la participación de productores, lugareños, gauchos y artesanos. Las actividades que se desarrollan durante el evento son desfile, doma, show folklórico y un gran baile donde se corona a la reina.

